

Martes IV del TO Ciclo B



30 de enero de 2024
2Sam 18,9-10. 14. 24-25.30-19,3
Sal 85
Mc 5, 21-43
P. Eduardo Suanzes, msps

Una multitud de gente, nos dice el Evangelio, acude a Jesús, que acaba de llegar de la otra orilla, de Gerasa, tierra de paganos, donde ha levantado de la postración a un muerto en vida. Ahora, está en tierra de Israel de nuevo. La multitud se desdobra a continuación en dos personajes, que representan dos sectores del pueblo que sufren también postración; un personaje pertenece al ámbito religioso, el sector integrado en la institución: la hija del jefe de sinagoga; el otro es un personaje marginado por el sistema religioso: la mujer con flujos. Uno y otro encontrarán solución en Jesús.

El vínculo entre las dos figuras y su significado está señalado por Marcos por la aplicación a cada una del número *doce*, símbolo de Israel, en ambos casos como indicador cronológico: para la mujer, son *doce años de enfermedad*; para la hija del jefe de sinagoga, *doce años de edad*, lo que, de entrada, nos orienta a la simbología de los personajes en la intención del evangelista.

Al definir a Jairo como «*jefe de la sinagoga*», Marcos lo presenta como exponente de la religión oficial donde simbólicamente, pues, encontramos como resultado la muerte del inocente. El nombre de Jairo significa «él despierta», y puede aludir al despertar a una nueva fe. Por eso Jairo simbolizará al Israel fiel que se da cuenta de decadencia de una religiosidad postrante y que «*ve*» en Jesús la liberación de esas ataduras mortales. Es el paso de la fe en las normas a la fe en Jesús, a la confianza en Dios.

En el *ínterin* Marcos interpola ahora la otra escena. Marcos ha presentado la situación en Israel: la religiosidad de la sinagoga (que en los capítulos anteriores ha rechazado a Jesús) es incapaz de generar vida, de salvar al ser humano de sus ataduras. Muy al contrario, esa religiosidad, sólo preocupada por las normas de pureza y los ritos vacíos, deja al ser humano abandonado a su mala suerte, lo encadena con normas y prejuicios morales, lo esclaviza a la condición de impuro o pecador ante Dios y, por tanto, lo postra y lo ata a un destino fatal.

Aparece una mujer (ser marginado por esa religiosidad) que padece flujos de sangre uterinos desde hace 12 años. El dato del número 12, como hemos dicho, no es gratuito, porque aparece referido a esta mujer y también —al final— a la hija de Jairo («*tenía 12 años*»). Por un lado ya sabemos que 12 simboliza a Israel. Por otro, perder sangre era perder vida, estaba «fuera de lugar», era «impuro». Según el Levítico, una mujer con flujo de sangre menstrual, quedaba impura durante siete días, en los que no podía tocar a nadie (le contagiaría su impureza) ni nadie podía tocarle a ella, ni a nada que ella hubiera tocado. Si nos fijamos bien el drama de esta mujer ha sido terrible: primero por ser mujer, no contaba, estaba relegada al segundo plano de la sociedad; después por sus hemorragias era impura ritual: no podía acercarse a nadie ni nadie a ella. Una vez más, es una muerta en vida, como el leproso del camino, como el endemoniado de Gerasa, como la hija de Jairo...

Y esa mujer postrada, al oír la buena noticia de Jesús, queda tan dignificada que «se atreve» a todo, incluso hasta a violar la Ley que la obligaba a estar apartada de todos para no tocarles ni

rozarles: se acerca entre la gente y se atreve a «tocar» el «manto» de Jesús. Su confianza le lleva a superar el miedo a esa Ley, a esa norma que la aparta, y eso le va a dar la libertad, que es la sanación-salvación como persona, y la vida, pues va a dejar de «perder vida», como lo expresa Marcos diciendo que «se le secó la fuente de sangre».

Jesús no es presentado por Marcos como un tótem o un talismán inerte que, al ser tocado, obra prodigios. De hecho dice que la sanación de esta mujer es obra «de su fe». En esa dinámica de fe, Jesús entra en «comunicación vital» con esta mujer que sufre, por medio de «la fuerza que había salido de él; la fuerza del Espíritu».

Tras la proclamación solemne de la no-impureza de la mujer y su filiación divina (Jesús le llama «hija»), la escena retorna al ámbito de Jairo, cuya hija está muriendo. Nada más proclamar la «vida» para la mujer con flujos de sangre, llega la noticia que traen «los de la casa del jefe de la sinagoga»: «tu hija ha muerto, ¿para qué molestar al maestro?». Y, así, frente a las palabras de vida y liberación, los de la casa del jefe de la sinagoga (la institución religiosa) hablan de muerte y de ataduras irremediables. Parece que eso no lo puede cambiar nadie.

Así, Jesús con sus tres más íntimos y con Jairo llegan a su casa. Marcos insiste en repetir que es «la casa del jefe de la sinagoga». Ante la muerte todos alborotan, dan alaridos y gimen desesperados. En ese ámbito (el religioso judío) no hay lugar para la esperanza.

Jesús les pide que tengan esperanza frente a toda desesperanza. Y en este momento se señala por vez primera en un evangelio un dato definitorio de la muerte: «La niña no está muerta, está dormida». Es la negación de la muerte como algo definitivo y terrible. Jesús la define como un «sueño». Cuarenta años después, el Evangelio de Juan dirá lo mismo de la muerte de Lázaro: «nuestro amigo Lázaro está dormido; vamos a despertarlo».

Los que viven aferrados a la materia y a una Ley no quieren entender-aceptar esta nueva visión de La Vida: se burlan de lo que Jesús les ofrece. Jesús los saca fuera. Por eso son sólo ellos (junto con la madre de la niña) los que están dentro de la estancia donde yace la niña postrada. En ese lugar tachado por todos «de muerte» se va a producir una fiesta de vida. A partir de aquí a Jairo ya no se le denomina por su nombre ni su cargo, sino como «padre» unido a la «madre»: son figuras de vida.

Jesús «tomó de la mano a la niña». Ahí se marca el camino de la salvación, y la invitación, tan repetida en los evangelios, a todos: toquen a los últimos haciéndose últimos; amen a los no-valorados e indignos uniéndose a ellos. Es la terapia sanadora del amor «hecho». Las palabras de Jesús verbalizan esa sanación: «Muchacha, levántate». Es entonces cuando Marcos precisa que la niña tenía doce años. Como en el caso de la mujer enferma, de nuevo el 12 da la referencia a Israel: el hijo-pueblo, visto ahora como un muerto que, sin embargo, está llamado a ponerse en pie abrazando a Jesús que le propone y da la vida.

Por tanto, el mensaje de hoy es la vida. En efecto, Dios es un Dios de vida y frente a él la muerte del hombre, como extinción total, ni ha existido, ni existirá. Unámonos, pues, a esa corriente de Vida que Jesús trae y que nos arrastra a abandonar dinámicas de muerte, de aislamiento, de soledad. Abrámonos a esa corriente, como lo hizo la mujer, por fe. Eso implica esfuerzo, vencer resistencias internas. Esa fe nos salvará.